

Vehículos de intervención rápida apagan el incendio provocado por la explosión. Debajo, descontaminan a una víctima y comprueban el estado de los equipos de protección.



EMERGENCIA QUÍMICA de interés nacional

La UME dirige el ejercicio *Daimiel 15* en el que han participado 4.000 personas



UNA explosión en la petroquímica Daimiel Oil Company S.A. ha provocado un gran incendio y una nube tóxica de varios kilómetros a la redonda que se extiende hasta el Parque Nacional de Las Tablas. Además, un cambio de viento hace peligrar a una industria gasística situada al noreste de la instalación afectada. Poco a poco se van conociendo los primeros datos del siniestro y las cifras no son optimistas. Se habla de 200 muertos, 800 heridos y 3.000 evacuados.

La explosión ha provocado un inmenso cráter y prácticamente ha borrado del mapa a la localidad de Daimiel (Ciudad Real). Ante la magnitud de la catástrofe, el ministro del Interior, Jorge Fernández Díaz, declara la emergencia de interés nacional —nivel tres— y solicita a su homólogo de Defensa, Pedro Morenés, que asigne al jefe de la UME, teniente general César Muro, la dirección operativa de la emergencia.

La UME instala un puesto de mando en Manzanares desde donde se coordinarán a todos los organismos del Estado y las instituciones que participarán en la resolución del siniestro. Al mismo tiempo se activa la célula de conducción de operaciones, en un puesto de mando ligero desplegado en la base aérea de To-

rrejón de Ardoz (Madrid), encargada de gestionar las intervenciones de los 4.000 efectivos que van a trabajar en la zona.

Afortunadamente, la catástrofe no es real, sino un supuesto de emergencia de carácter tecnológico y medioambiental que ha permitido poner en práctica y comprobar la validez del Plan Estatal de Riesgo Químico. Efectuado entre el 9 y el 12 de marzo, es el quinto ejercicio de este nivel que dirige la UME. «Vamos complicándolo cada vez más —comenta el teniente general Muro—. De cada uno aprendemos cosas nuevas y nos permite enfrentarnos a mayores retos».

En el simulacro participaron como equipos de intervención, además de los 2.000 miembros de la UME, 200 militares de unidades francesas (FORMISC), estadounidenses (*7th Civil Support Command*), la unidad de apoyo civil estacionada en la base de Rota) y marroquíes (sección 5º del Regimiento de Ingenieros). Además, contó con la presencia de observadores de la Unión Europea, Organización de Estados Americanos, Francia, Portugal, Marruecos, Argelia, Brasil, Colombia, Perú y Túnez.

Junto al personal de distintas unidades de las Fuerzas Armadas, en *Daimiel 15* estuvieron involucrados el Departamento de Seguridad Nacional, la Dirección General de Protección Civil y

Emergencias, Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado, SASEMAR y AEMET. También organismos autonómicos de Castilla La Mancha, Andalucía y Murcia; organizaciones como Cruz Roja o empresas entre las que se encontraban TRAGSA, ADIF, el Instituto Carlos III, Red Eléctrica Española, Gas Natural y ENAGAS. En el simulacro colaboraron de manera muy activa los vecinos de la zona que hicieron de figurantes.

FUEGO Y CONTAMINACIÓN

A lo largo de cinco días, los intervinientes se enfrentaron a todo tipo de incidencias de las cuales no tenían ningún conocimiento previo. Como lo harían en una catástrofe real.

En la zona cero de la explosión, en la petroquímica, los miembros de la UME se afanaban en apagar el incendio de los depósitos que contenían productos químicos. Cuatro vehículos de intervención táctica, preparados para la extinción de fuegos industriales, lanzaban agua mezclada con espumógeno —entre 4.500 y 5.000 litros por minuto— desde unas escalas de 32 metros de altura.

«Como novedad en este ejercicio, hemos utilizando una manguera de cuatro kilómetros para tener el caudal necesario. Para apagar un incendio de estas características necesitamos millones de litros de agua y miles de espumógeno», señala el jefe de la compañía de intervención en emergencias tecnológicas de la UME, capitán Álvarez de Lara.

En un momento dado, los equipos desplegados en la zona tuvieron que realizar una evacuación inmediata al verse sorprendidos por una repentina bleve (explosión de vapores que se expanden al hervir el líquido). Los afectados eran los militares que se afanaban en las tareas de refrigeración de la planta y los operarios que estaban tomando muestras para establecer hasta donde había llegado el escape de sustancias tóxicas.

Con ellos estaban los equipos USAR españoles, franceses y americanos los cuales, una vez que regresaron a la zona, continuaron con su doble tarea: «Por un lado, apuntalando las estructuras que la propia bleve había colapsado y, por otro, realizando cortes limpios en los edificios para que los escombros caigan hacia fuera, no sobre las víctimas del interior», puntualiza el capitán Álvarez de Lara.

Miembros de los equipos USAR realizan un corte limpio en uno de los edificios afectados para poder rescatar a las víctimas.



DESCONTAMINACIÓN MASIVA

En la emergencia simulada en Daimiel, la UME instaló una estación de descontaminación masiva dividida en distintas subestaciones: una para vehículos, a cargo del regimiento NBQ de Valencia; otra para personas que no podían moverse de manera autónoma; y otras dos para hombres y para mujeres que no estaban heridos de gravedad. Esta instalación es capaz de descontaminar, en una hora, a 460 hombres y mujeres, 19 personas no válidas y cuatro vehículos.

«Los contaminados llegaban estresados, cansados, deshidratados y no podíamos hacerles esperar», explica el jefe de la compañía encargada del sistema, capitán Notario. En todo momento estuvieron acompañados por efectivos de Policía Naval, dotados con equipo de control de masas y doble protección.

En la estación de descontaminación, una voz suave sonaba por la megafonía indicando a las víctimas que «en breves momentos pasarán por una serie de procesos por los cuales serán descontaminados; por favor, mantengan la calma...

El personal de la estación les indicará los pasos que deben seguir... Procuren no llevarse las manos a la cara...».

Nada más entrar en la instalación, los afectados por la explosión disponían de vestuarios para dejar su ropa. Tras pasar por las duchas de descontaminación, se les hacía un primer control y los que no habían quedado completamente limpios, repetían otro ciclo de ducha. Finalmente, se les proporcionó ropa cómoda y se elaboró un registro con sus datos y objetos personales. «Aquí nadie lleva equipos de protección, estamos en una zona limpia —explica el capitán Notario—. La gente tiene miedo cuando está junto a personas con traje de protección. Se preguntan, ¿por qué ellos sí lo llevan y yo no si no hay peligro?». En todo el recorrido se tarda menos de 15 minutos.

Los primeros en acceder a la estación de descontaminación fueron los efectivos que estaban trabajando en la emergencia. «Sin rescatador no hay rescate, si se arriesga demasiado, nos encontramos con dos bajas, él y la víctima», concluye el capitán Notario.

Participaron militares estadounidenses, franceses y marroquíes y observadores de ocho países, la UE y la OEA



Arriba, militares de la UME trasladan a una víctima mortal. A la izqda, marines estadounidenses y miembros de las distintas instituciones que participaron en el simulacro, en el puesto de mando.

Al final del recorrido, las víctimas, esperaban —en una zona con televisión, agua y fruta— la llegada de los autobuses que los llevarían hasta su hogar provisional. Algunos se distribuyeron entre los doce albergues instalados en polideportivos y colegios de los municipios próximos a Daimiel; otros, al centro de damnificados habilitado por la UME en Manzanares. En este último, con capacidad para 500 personas, los militares trabajaban junto a Cruz Roja.

Se habían instalado dos tipos de alojamientos: los CEHAPOS (células de habitabilidad polivalentes) que se configuran según las necesidades, y los *rockers*, con capacidad para seis personas, además de cocinas, duchas y baños para hacer lo más cómoda posible la estancia de los desplazados.

IDENTIFICACIÓN DE VÍCTIMAS

De la identificación de las supuestas víctimas mortales provocadas por la explosión se encargaron los científicos de la Policía Nacional y la Guardia Civil. La morgue se instaló en Torralba de Cala-

trava. «Los familiares nos facilitaban los datos de los desaparecidos para intentar localizarlos», explica la sargento de la Guardia Civil Rosa Juanino. La ropa que llevaban, una descripción física... «No es un método para identificar, pero sí la manera de iniciarlo», puntualiza.

Era un momento delicado. Y allí estaban los psicólogos. «Apoyamos a los que recogen la información, para que consigan datos judicialmente relevantes —explica el capitán José Manuel Quintana, de la unidad técnica de la policía judicial—. Del tratamiento clínico se encargan Cruz Roja y Protección Civil».

Para identificar a las víctimas se utilizan tres métodos. El más rápido es el dactiloscopia, a través de la huella dactilar. Pero si la víctima ha perdido las manos o se le han quemado, «utilizamos el método odontológico, pedimos las fichas dentarias. Si no existieran, acudimos al ADN», explica la sargento Juanino.

«El proceso de identificación empieza en el lugar donde se hace el levantamiento del cadáver, ahí recoges los primeros datos», añade Antonio del Amo, comisa-

rio de la Policía Científica. Toda esta información se integra con la facilitada por los centros de damnificados y se envía a los compañeros que se encuentran con los fallecidos para cotejarla.

Cinco días después de la explosión de la petroquímica, el riesgo estaba controlado. El ministro del Interior declaró el final de la emergencia de interés nacional y las autoridades de Castilla-La Mancha fueron asumiendo progresivamente la responsabilidad de la misma.

«De este tipo de ejercicios se aprende mucho —valoró el teniente general Muro tras el traspaso de responsabilidad—. Hemos visto que somos capaces de gestionar en España una catástrofe de esta magnitud, la colaboración internacional se ha integrado francamente bien, toda la cadena del Estado ha funcionado y los intervinientes sobre el terreno han cumplido su cometido. Podemos haber cometido errores, pero por eso hemos venido, para practicar, sacar lecciones y mejorar».

Elena Tarilonte
Fotos: Hélène Gicquel